

José María Guelbenzu

Los poderosos lo quieren todo

Siruela

Nuevos Tiempos

«Una noche se salieron del lugar sin que
persona los viese».

MIGUEL DE CERVANTES

EL CAN: ¡Guau! ¡Guau!

ZARATUSTRA: ¡Está buena España!

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

In memoriam
Jaume Vallcorba

Índice

I. Arriba el telón	15
II. El Círculo Gongorino	43
III. Una fiesta por todo lo alto	60
IV. Prosigue Beovide	77
V. Se amplía el escenario	88
VI. Otras actividades	115
VII. Irrumpe el narrador	127
VIII. Continúa la ficción	128
IX. El narrador, de nuevo	153
X. Confianza en el diablo	155
XI. Miscelánea	165
XII. El narrador exige un descanso	205
XIII. Desesperanzas	207
XIV. El narrador precisa por su cuenta	211
XV. Negocios a la luz de la luna	213
XVI. El narrador se impacienta	247
XVII. Acciones y reacciones	249
XVIII. El discurso del príncipe	261
XIX. El narrador toma decisiones	305
XX. Un final precipitado	308
XXI. Punto final	312
Agradecimientos	319

Señoras y señores, distinguido público, sean todos bienvenidos a este modesto tablado de marionetas en el que se va a representar la comedia intitulada *Los poderosos lo quieren todo*. Permítanme dirigirles tan sólo unas palabras desde este prosenio, antes de que la obra que pretendemos representar ante ustedes ocupe el escenario que ahora oculta el telón. A lo largo de su desarrollo verán desfilar la penosa historia de dos jóvenes prometedores en busca del amor y el mundo aborrecible que encontrarán en su camino. O quizá sean ellos los aborrecibles e idílico el mundo por el que transitan. *Chi lo sa*. Lo que nosotros ofrecemos es una representación de la realidad que se dirige a su imaginación. No es poco intento y lo reconocemos humildemente. En cualquier caso, todos en la compañía venimos dispuestos a dar lo mejor de nuestro oficio con la única intención de entretenerles o desconcertarles, no estamos seguros. Pero ¿qué sería de nosotros si no fuéramos capaces de sorprendernos una vez más? La sorpresa excita, conmueve, despierta nuestra curiosidad, renueva nuestro espíritu primaveral adormecido por el frío y perezoso invierno.

Así pues, y sin más preámbulo, voy a dejarme de palabrería y de prolegómenos, que toda afectación es mala, como bien nos advertía Maese Pedro, y dispónganse a presenciar esta historia de nuestro tiempo que comienza en la capital de España una mañana de grata temperatura en las calles, aire limpio, viento moderado, a principios de la primavera, cuando el eminente fiscalista

Hermógenes Arbusto se dispone, en la confortable soledad de su despacho, a dar buena cuenta de un abundante y bien servido desayuno...

I

Arriba el telón

Hermógenes Arbusto no se percató de la presencia de la Muerte hasta que la tuvo encima, delante de su escritorio. Entonces, con una agilidad impropia de sus sesenta años, esquivó el golpe de guadaña que intentó asestarle, cruzó el despacho en dos zancadas, se plantó en la puerta, salió y la cerró con doble llave por fuera dejando así prisionero a su indeseable visitante.

A juzgar por los golpes y las maldiciones que provenían del interior de la habitación, la Muerte estaba realmente furiosa. La puerta era una pesada pieza de roble macizo y el otro punto de fuga, la ventana, que daba a un minúsculo jardín interior del edificio de dos plantas, no sólo tenía cristales blindados sino que era imposible abrirla sin desbloquearla antes con un mando que su propietario llevaba siempre en el bolsillo del chaleco, prendido de una leontina al modo de los relojes de otros tiempos.

Nuestro hombre atravesó la antesala, pasó a la carrera por delante de sus atónitos empleados, arrolló al vigilante de la entrada, salió directamente a la calle, puso un pie en la calzada y agitó los brazos para llamar la atención de un taxi que se aproximaba con la luz verde encendida. Sin pérdida de tiempo, se introdujo en él, dio una dirección al conductor y se arrellanó sofocado en el asiento trasero. El taxi partió calle adelante.

Se apeó en la Puerta del Sol, confiando en pasar desapercibido entre toda la gente que iba, venía y se entretenía deambulando bajo el cielo. Enseguida dirigió sus pasos hacia una de las esqui-

nas de la plaza, de donde arrancaba una calle estrecha conocida como calle de Postas, que iba a morir en la plaza Mayor, y que era el destino buscado; y allí, con la sensación de ser un turista más dispuesto a distraer el ocio sentado en alguna de las terrazas que se extendían arrimadas a los soportales que rodeaban la plaza por completo, se dejó caer en una silla ante una mesa con la actitud propia de quien se regala un merecido descanso. Lucía un cielo velazqueño luminoso, radiante de azul, que parecía expandir el aire limpio y alegre que llenaba armoniosamente el espacio. Ante sus ojos estaba la fachada de la Casa de la Panadería, decorada con pinturas al fresco que representaban seres mitológicos clásicos: Cibebes, Proserpina, Baco y tantos otros que surgieron de la inspirada cabeza del artista. Los contempló con evidente placer e hicieron regresar a su alma la paz que la Muerte tratara de arrebatarle junto con la vida.

¿Cómo diablos se había colado en su despacho la Negra Figura? ¿Y por qué tan a destiempo? A sus sesenta años, sobrado de vitalidad y cargado de proyectos, resultaba por completo inadecuada aquella visita. ¿Acaso la Muerte practicaba ahora el sadismo? ¿No le bastaba con el cumplimiento de su negra misión y tenía que venir a deleitarse en descabezar a personas sanas y en la plenitud de la vida? Este cambio de paradigma le tenía perplejo. Con la cantidad de gente desechable que poblaba el mundo y había ido a buscarlo precisamente a él...

Hermógenes Arbusto era uno de los más destacados fiscalistas del país, asesor de renombradas personalidades y empresas, y también un hombre entregado a los negocios. A toda clase de negocios. Lo mismo mobiliarios que inmobiliarios. En cuanto a los primeros, se le consideraba un hacha, un ojo privilegiado no sólo para las buenas oportunidades sino, lo más interesante y lucrativo, para interpretar a tiempo las menores señales de fluctuación del Parquet. Más que el verbo «interpretar» algunos colegas y admiradores preferían adjudicarle el verbo «intuir», para nada del agrado de los buenos profesionales pero gracias a cuyo influjo él había conseguido cerrar operaciones ciertamente beneficiosas. Aunque su fuerte era la asesoría a empresas y particulares que operaban a partir de una sustanciosa cantidad de

millones y en la que su formación como fiscalista ofrecía óptimos rendimientos para sus clientes.

Por lo que se refiere a la propiedad inmobiliaria era proverbial su destreza en hacerse con, y deshacerse de, ellas favorablemente, aunque en algunos casos concretos hubo de contentarse con igualar lo comido por lo servido. Pero ninguna de las antedichas dedicaciones podía compararse en pasión y dedicación con su afición favorita: la compraventa de antigüedades. Ahí es donde afloraba la mayor de sus debilidades y donde su característico buen gusto, si bien le llevaba a la incontinencia a la hora de adquirir nuevas piezas con las que acrecentar su colección (y su patrimonio), abría un agujero en sus bolsillos nada fácil de recoser debido a su resistencia a desprenderse de ellas; pues por lo mismo que sus anteriormente mencionadas ocupaciones suponían para él una beneficiosa diversión, tan excitante como el juego para un caballero dispuesto a desplegar sus habilidades, las antigüedades eran, en cambio, una obsesión. Una obsesión muy parecida a la codicia, a la que se entregaba por completo en lo relativo al dinero, dinero que, sin embargo, no le costaba nada derrochar en cumplir con sus placeres de coleccionista.

Su segunda pasión, en orden decreciente, se llamaba María Ilustración, su esposa legal. Una mujer culta, universitaria, licenciada en Psicología, amante de la lectura y de los poetas, de unos cincuenta años de edad y una figura de mujer en sazón: alta, bien proporcionada, en su primera madurez, de cálidas y apreciables carnes, rostro agraciado y gesto expresivo. Lo que primero llamaba la atención de quien la observaba de lejos era su compostura de mujer elegante y experimentada, segura de sí misma y un punto extravagante en el vestir; más de cerca, lo que destacaba de manera determinante era la mirada de sus ojos verdes enmarcados en una media melena negra como el azabache, evidentemente teñida; una mirada con la que conquistaba a todos los caballeros de cualquier edad y condición que se le acercasen porque, al atraparlos con sus ojos y con su trato, les hacía sentirse los hombres más interesantes y dignos de atención del mundo; un arte que ya sólo mujeres con su tradicional *savoir faire* sabían desplegar.

Fuera de estas dos pasiones, el resto de posibles querencias quedaban reducidas a meras curiosidades intrascendentes.

Sentado en aquella terraza de la plaza Mayor, servido con un vermut con ginebra acompañado por una ración de aceitunas rellenas de anchoa, ante los bellos y sensuales frescos de la Casa de la Panadería, rodeado de turistas tostándose al sol y familias del barrio que los veían enrojecer con amable condescendencia, Hermógenes Arbusto emitió un suspiro de placer y, olvidando momentáneamente el suceso que le había empujado hasta allí, se entregó de lleno a la felicidad de la molicie.

Poco iba a durarle ese amable estado de ánimo. La imagen de la Muerte se negaba a alejarse de sus pensamientos. En realidad, había sido un ataque por sorpresa, lo que le ofendía especialmente porque su actual estado de salud podía calificarse de excelente en todos los sentidos. Como hombre ordenado y cuidadoso que era, se sometía a una revisión completa cada dos años en un centro médico especializado. Esto le daba confianza y potenciaba sus ganas de vivir al comprobar la buena respuesta de su cuerpo. Se consideraba un hombre mental y físicamente sano, y nunca antes había considerado la muerte más que como una posibilidad con la que contar; y tampoco cedía a la debilidad en lo que se refiere al estado de ánimo; muy al contrario, ignoraba lo que era una depresión, salvo que se considerase depresión algún momento de su existencia en que sintió una leve melancolía a la vista de un bello crepúsculo sobre la línea del horizonte del mar. ¿A qué venía, entonces, la intempestiva y desconsiderada visita de la Muerte? Era un acto gratuito, sin justificación alguna; un verdadero deseo de hacer daño porque sí. Y, como es natural, se lo había tomado como una ofensa personal.

Pero, de momento, tenía que actuar con prisa y trazar un plan de huida más consistente que el seguido hasta ahora. Era más que probable que en el entretanto su secretaria, sorprendida por los golpes que se escuchasen en el interior de su despacho, hubiera finalmente abierto la puerta a la Negra Señora, que ahora andaría buscándole con especial empeño, escocida por la burla de que había sido objeto. Es más: debería avisar a la familia, a María Ilustración, a sus hijas, Maribel y Verónica Arbusto, a la propia

Patrocinio, Patro, la criada sin edad que lo acompañaba desde su juventud y que pertenecía a la familia como cofundadora previa a la esposa y las hijas, ángel tutelar del hogar, de la estirpe de las mujeres fuertes de la Biblia, como su madre, que fue quien la contrató, educó e inspiró para cuidar del hijo cuando ella faltara de su vida. Porque doña Divina de Arbusto no había dejado en este mundo, como podría erróneamente creer el lector, solo a su hijo, sino bajo la tutela de Patro. A su marido, el eficiente y emprendedor padre de Hermógenes, lo tenía bajo tierra; y ella misma, que se quería como sólo una mujer satisfecha puede quererse a sí misma, estaba viviendo de la fortuna de su difunto, dilapidándola y repartiendo sus días entre las diversas estaciones de invierno y verano de moda en Europa, desde Gstaad y Cortina D'Ampezzo a Capri o a Santorini. Esto, que habría hundido la moral de cualquier hijo, sólo hizo reforzar y potenciar la serenidad y el comedimiento de Hermógenes y el principio inquebrantable del justo término entre los extremos, lo que le había valido para ser un burgués de pro, partidario incondicional del sentido común. Nada ni nadie, ni siquiera la misma Muerte, habría sido capaz de conmoerlo o desviarlo de su adoración por el sentido común, la vida organizada, la metódica dedicación al trabajo y el chocolate con churros de media tarde. Y puede decirse que, salvo las veleidades artísticas de Ilustra — nombre con el que se conocía a su esposa en los medios artísticos y culturales de la capital, como el Club de Bridge, la Sociedad de Lecturas Románticas o la Asociación de Amantes de la Ópera —, la rutina, la limpieza, el orden y el dinero eran las cuatro patas sobre las que se sostenía con toda firmeza su reino temporal. Un reino que ahora, amenazado de muerte, se volvía sumamente incómodo por la permanente necesidad de sobrevivir como un fugitivo huyendo de la ira de la Parca.

Embebido en sus pensamientos, no había reparado aún en el original personaje que se sentaba a la mesa contigua a la suya. Era un hombre particularmente alto y vigoroso; quizá midiera un metro ochenta y cinco. Cara afilada, nariz aquilina, labios sensuales, el superior coronado por un fino bigote, perilla bien perfilada, manos finas y cuidadas, y ojos penetrantes en los que

titilaba una chispa entre burlona y maliciosa que, en el fondo, intimidaba. Vestía un traje marrón rojizo un tanto extravagante, camisa blanca y corbata estrecha de seda del mismo color del traje. Al cruzar las largas piernas dejaba ver unos calcetines de hilo de Escocia que subían por unas interminables pantorrillas y calzaba unos zapatos Oxford de Box Calf. Fumaba en boquilla con gesto displicente y, aunque dejaba vagar su mirada por el entorno de la plaza, a un buen observador no le cabría duda de que estaba bien atento a su vecino de mesa.

Le miraba de refilón, intermitentemente, como si esperara alguna señal que lo indujera a tomar contacto, pero no parecía tener prisa por ello. Delante de él, sobre la mesa, reposaba un vaso medio lleno de lo que bien podría ser un bloody mary junto a un paquete de cigarrillos John Player's Navy Cup y un mechero ST Dupont bañado en oro.

Fue con un leve carraspeo, que ensayó varias veces seguidas, como trató de llamar su atención y a fe que lo consiguió, porque Hermógenes se volvió a él con naturalidad y le ofreció, abierta, su caja de pastillas Juanola.

— Ah, sí, gracias, caballero, es usted muy amable.

— No quiero entrometerme en sus afecciones, pero el caso es que le he oído carraspear y sé bien que la incomodidad se multiplica si no se la ataja a tiempo.

— No se entromete usted sino al contrario. Se lo agradezco de veras, señor...

— Hermógenes Arbusto.

— Encantado de conocerle. Mi nombre es Forcas.

— Diabólico nombre — comentó Arbusto con admiración.

— Tengo ese honor — respondió modestamente el hombre.

Se produjo un breve e invitador silencio entre ambos, al cabo del cual el llamado Forcas, tras un titubeo cortés, se decidió a hablar.

— Pocas costumbres tan gratas como un aperitivo al final de la mañana, ¿no es verdad? Sólo se requiere tiempo y calma.

— Ninguno de los dos me sobra en este momento — confesó Hermógenes —. Lo cierto es que, aunque no lo parezca, estoy en un verdadero apuro.

— ¡Diantre! ¡Qué contrariedad! Y yo que veía en usted la imagen misma del bienestar...

— ¡Ah, si usted supiera! Pero no voy a abrumarle con mis problemas.

— Por favor, se lo ruego, hágalo. Es decir, si me cree digno de sus confidencias.

Hermógenes Arbusto cabeceó ligeramente, presa de indecisión. De una parte, la necesidad de compartir su delicada situación le empujaba a hablar; de otra, la amabilidad de su interlocutor no dejaba de parecerle un tanto sospechosa aunque reconociera que sus modales y su actitud acogedora ya estaban haciendo el efecto contrario. ¿Qué hacer? ¿Descargar su tribulación o mantenerse encerrado en sí mismo? Pero el caso es que le tentaba hablar, necesitaba hablar; desde el momento en que se había establecido el primer acercamiento, el deseo de compartir su situación se hacía más y más punzante. Acostumbrado a fiestas, reuniones, relaciones institucionales y tormentas de ideas, la repentina soledad en que se encontraba lo tenía desubicado y en situación de fragilidad.

— Es muy probable que lo que voy a contarle le parezca a usted una fantasía... — empezó a decir —. También yo desearía que lo fuera; pero debe creerme: no me atrevería a hablarle de ello si no fuera para mí un gravísimo motivo de preocupación.

Cordialmente, su interlocutor le alentó con la mirada.

— El caso es que esta mañana he escapado por los pelos de la Muerte. Y debo decirle que no la esperaba; es más, que no le correspondía visitarme; pero ha sucedido. Afortunadamente, he conseguido darle esquinazo. Sin embargo, sé que no va a cejar en su empeño hasta darme caza y, la verdad, ni sé cómo evitar a plazo su infausta visita ni menos aún cómo hacer para que desista y continúe su ronda borrándome de su necrología. Tengo entendido que es muy escrupulosa en el cumplimiento de su deber, pero algo me dice que se ha producido un error, fortuito o intencionado, y no sé cómo defender mi causa ante ella sin ponerme al alcance de su guadaña.

— Además ha de estar furiosa, sí — dijo el hombre acariciándose la perilla —. Lo cierto es que no me gustaría estar en el lugar de usted.

—Ha de haber algún modo de deshacer el equívoco. Yo, como hombre de negocios que soy, siempre he plantado cara a las situaciones más difíciles. Negociar es mi negocio y estoy seguro de que lograría convencerla; pero su aparición, su modo de actuar... Recelo de ella, temo que ni siquiera aceptara hablar cara a cara. Esta señora, en cuanto me eche la vista encima, me siega el cuello sin más explicaciones. Tengo la sospecha de que no es muy propensa a hablar, y menos con las víctimas de su desagradable actividad.

—Bueno —consideró el hombre—, hay que tener en cuenta que la Muerte es muy corta de entendimiento, no está acostumbrada a consideraciones que a usted y a mí nos parecen no ya naturales sino propias de la vida de las personas cultas. La Muerte es, permítame decirlo de una manera franca, muy bruta. Su oficio no da para más.

—A eso es exactamente a lo que yo me refería. Pero, dígame, ¿cómo habla de ella con tanta naturalidad? ¿Es que usted la conoce?

—Ah, sí, por supuesto, de muy antiguo. Y créame, no ha cambiado nada.

Hermógenes Arbusto se echó hacia atrás en su silla, como si deseara contemplar a su interlocutor en perspectiva. Es más, lo miraba con tanta atención y tan distintos ángulos que más bien parecía estar representándose un retrato cubista de su desconocido interlocutor. Después, al cabo de un largo minuto de silencio, tomó de nuevo la palabra.

—No imaginaba yo que un ser humano pudiera tenerla en la lista de sus conocidos —aventuró con un deje de inquietud en la voz.

—Humanos, humanos... —murmuró el hombre—. Siempre cargando con esa nefasta manía del antropocentrismo. Usted, como hombre de negocios, debería colocar su mente en la misma disposición de apertura que tiene para con la moralidad de los negocios. ¿Manga ancha? ¿No lo llaman así? Pues manga ancha, amigo mío, para navegar por los misterios de este mundo en el que la propiedad y el dinero son la base del tejido social y del progreso.

Hermógenes se lo quedó mirando algo amoscado, dándole vueltas al comentario de su vecino de mesa.

—¿Me está ofreciendo usted un trato? —preguntó finalmente.

—Ah, veo que es usted un hombre práctico. Y, con respecto a su pregunta, es posible que tenga algo que ofrecerle, si es usted un hombre arrojado.

—Lo soy —respondió Hermógenes, picado en su amor propio.

—Y si no teme al riesgo —redondeó el hombre.

—Por supuesto que no —contestó, envalentonado, Hermógenes.

—En tal caso —dijo el otro—, voy a hacerle una propuesta que yo, en su lugar, no me atrevería a rechazar.